El Recomendador

EL RECONCILIADOR,

COMEDIA EN TRES ACTOS

ESCRITA EN FRANCÉS

POR EL C. DEMOUSTIER,

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR D. F. E. CASTRILLON.

REPRESENTADA EN EL TEATRO DE LOS CAÑOS DEL PERAL EL DIA 24 DE JULIO DE 1804.

MADRID
EN LA IMPRENTA DE DON MATEO REPULLÉS,
PLAZUELA DE LUDONES,
donde se hallará suelta, y por docenas.

AL SEÑOR ISIDORO MAYQUEZ,
Director y primer Actor del teatro de los Caños del Peral.

Quanto mas lisongeros me son los aplausos con que el Público ha recibido esta Comedia, tanto mayor fundamento encuentro para estar agradecido á Vmd.,

que me ha proporcionado esta satisfaccion dando al papel de Don Felix de Toledo *todo el brillo de que es capaz. No quiero ofender la modestia de Vmd. repitiendo los elogios que el Público le ha dispensado; pero no puedo ménos de mirar la Comedia del* RECONCILIADOR *como una obra que ha debido á Vmd. su feliz éxîto; y dedicársela como una sincera demostracion de mi gratitud á sus favores.*

B. L. M. de Vmd. su mas apasionado servidor y amigo

F. E. Castrillon.

ACTORES.

DON JUAN DE LARA.....	*SR. RAFAEL PEREZ.*
DOÑA ANTONIA, su esposa..........................	*SRA. ANGELES ORTEGA.*
DOÑA CLARA, su hija....	*SRA. MARIA MAQUEDA.*
DON FELIX DE TOLEDO, con el nombre de DON CESAR DE AVENDAÑO, amante de Clara.	*SEÑOR ISIDORO MAYQUEZ.*
DOÑA HILDEGUNDIS.....	*SRA. JOAQUINA BRIONES.*
DOÑA EUFROSIA..........	*SRA. FRANCISCA BRIONES.*
DON SIMON..................	*SR. JOAQUIN SUAREZ.*
DON MAMERTO............	*SR. ANTONIO MARTINEZ.*
MARTIN, criado de Don Juan.................	*SR. JOSEF DE OROS.*
FERMINA, confidenta de Clara...................	*SRA. GERTRUDIS TORRE.*

La escena en una casa de campo de Don Juan, á dos leguas de Madrid.

ACTO PRIMERO.

Sala regularmente adornada de dicha casa de campo.

ESCENA PRIMERA.

Don Felix y Martin.

Mart. Apénas creerlo puedo,
segun es mi admiracion.
Que hablo en esta habitacion
á Don Felix de Toledo!
Cosas son por cierto raras;
pero no sabes, señor,
que hay un eterno rencor
entre Toledos y Laras?
Fel. Ya, Martin, ha prevenido
mi atencion aquese daño,
y en Don Cesar de Avendaño
mudé nombre y apellido.
Con este disfraz aquí
seguro presumo estar,
y fué dicha el encontrar,
al primer paso que dí,
con un tán leal amigo:
tú, Martin, me has de ayudar.
Mart. Qué te puedo yo negar?
De tu niñez fuí testigo,

y de tí me separé
quando tu padre murió,
y huérfanos nos dexó:
harto su muerte lloré.
Entónces vine á servir
á Don Juan de Lara, hombre
que teniendo en Madrid nombre,
quiere en el campo vivir.
Las flores son su pasion;
y á su cultivo entregado,
de todo vive olvidado
ménos de su obstinacion.
Ya te habrán dicho el rencor
que á tu tio tiene. *Fel.* Sí.
Mart. Pues bien: qué te trae aquí?
Fel. La esperanza y el amor.
Mart. Pues á quién amas en casa?
Fel. A Doña Clara. *Mart.* Qué error!
y ella te muestra favor?
Fel. Escúchame lo que pasa.
Quando á la guerra marchaba,
en un bayle la miré,
y en sus ojos encontré
cadenas que no pensaba:
ella en efecto, ignorante
de quien soy, mi amor oyó;
y pues no me despreció,
ya pagó mi fe constante,
que una dama de respeto
su amor no ha de confesar;
y así en ella el no negar
fué conceder en secreto.

En fin, al campo marché;
y entre esperanza y temor
la llama de aqueste amor
en la ausencia alimenté.
Hecha ya la paz, volví
de nuevo á la patria mia,
y supe que en este dia
(que es de penas para mí)
el Juez ha de sentenciar
este pleyto, que enemigos
ha hecho dos firmes amigos
por su insano disputar.
Y así con el pensamiento
de reconciliarles hoy,
medianero de ambos soy.
Mart. Temerario es vuestro intento.
Fel. Si Clara con mi deseo
conviene, lo he de lograr.
Mart. Vos presumis negociar
la paz con un himeneo;
pero hay mil inconvenientes.
Fel. Dímelos.
Mart. Que hoy se prepara
la boda de Doña Clara,
y que entre dos pretendientes
es precisa su eleccion.
Fel. Qué son esos caballeros?
Mart. Dos solemnes majaderos:
Don Mamerto y Don Simon.
El uno muy derretido,
es un galan teatral;
y el otro un gran animal,

ignorante y presumido;
y es lo peor para vos
que arroja su amor grosero
la metralla del dinero,
pues son muy ricos los dos.
Fel. El amante derretido
debe disgustar al padre.
Mart. Sí; pero agrada á la madre.
Fel. Y la enfada el presumido?
Mart. Sí; pero el padre le quiere;
pues esta pareja extraña
no vive si no regaña,
y uno por otro se muere.
Nunca estan de una opinion,
y en tan continua quimera
parece que persevera
el fuego de su pasion.
Fel. Y aman á Clarita? *Mart.* Sí;
y esto es solo, vive Dios,
en lo que siempre los dos
van de acuerdo. *Fel.* Pues así,
amándola, he de agradar
á los dos. *Mart.* Agradareis
al amo, y conseguireis
á su esposa disgustar;
pues esta buena señora
jamas en su edad pensó,
y como ántes agradó,
presume agradar ahora.
Para ella es insoportable
una hija casadera,
que en su edad de primavera

es una dama admirable;
y mirar que cada dia
nuevas gracias va adquiriendo,
miéntras que ella va perdiendo
las gracias que ántes tenia.
Y finalmente, señor,
no hay cosa que mas la aflija,
que el ver la usurpa su hija
los holocaustos de amor.
Fel. Pues bien, yo contentaré
esa vanidad tan rara;
y quando enamore á Clara
á la madre adularé.
Mart. Otra cosa hay que vencer.
Fel. Quál es?
Mart. Dos malditas tias,
cuyas amantes porfias
sobre vos van á caer.
Fel. Son jóvenes? *Mart.* La menor,
y que mas belleza ostenta,
pasa ya de los cincuenta.
No hay en las ciencias de àmor
mugeres mas instruidas,
ni mas hábiles Doctoras,
que lo son estas señoras:
ambas son muy derretidas.
La jovencita enamora
al estilo de novela:
bien puede ser vuestra abuela;
mas será vuestra pastora.
Por aprender el frances,
el castellano olvidó,

y habla una lengua, que yo
no entiendo qué lengua es.
La otra, al veros, guiñará
sus ojos sexâgenarios,
y con sentimientos varios
vuestro amor excitará.
Rivales de su sobrina,
se enamoran al instante
de todo infeliz amante
que á Clarita se encamina.
Doña Hildegundis corteja
al amante derretido;
y persigue al presumido
Doña Eufrosia la mas vieja.
Fel. Si está ya su corazon
prendado, no hay que temer.
Mart. Con todo eso habreis de ser
objeto de su pasion.
Fel. Yo no las puedo agradar,
ni lo pretendo. *Mart.* Lo creo;
pero con todo yo veo
que las tendreis que aguantar.
Otro obstáculo. *Fel.* Aun hay mas!
Mart. Y no es por cierto el menor.
Fel. Quál es pues? *Mart.* Para este amor
quánto dinero traerás?
Fel. Traigo el caudal de un soldado.
Mart. Pues ese no vale nada.
Clara tiene una criada,
y esta no dará recado,
ni papel, como no vea
que la tiene mucha cuenta,

y que el lance se presenta
segun su genio desea.
Fel. Qué interesada manía!
Mart. No señor, no es interes
quien la obliga. *Fel.* Pues qué es?
Mart. Que ha de ser? Filosofia.
Fel. Filosofia? *Mart.* Este duende,
que ahora se acomoda á todo,
para explicar de este modo
aquello que no se entiende.
En fin, eso es otra cosa.
Fermina es mucha muger,
y sabe... *Fel.* Corresponder
á tu amor? *Mart.* Alguna cosa.
La hablaré á vuestro favor
de aquel modo que conviene.
Fel. No sigas, que gente viene.
Mart. Sin duda; y es mi señor.
Malo, que sale enojado!
Fel. Dile, que hablarle deseo.
Mart. Lo haré; mas por ahora veo
que el intento se ha frustrado.

ESCENA II.

Dichos, y Don Juan de Lara.

Juan. Vaya, para mi impaciencia
este dia será eterno;
no sé si tome un caballo,
y vaya á Madrid corriendo,
para saber de una vez
el éxîto de este pleyto.
Mart. Señor.

Juan. Qué quieres? *Mart.* Deciros
que viene este caballero
á hablaros. *Juan.* Hoy es mal dia:
ya dixe ayer que no quiero
recibir hoy á ninguno.
Mart. Lo oye vmd.? *Fel.* La mano os beso.
Hace que se va.
Juan. A vuestra órden... esperad.
Llega, Martin, un asiento,
y despachad. *Fel.* Seré breve.
Juan. No es preciso nos sentemos,
Deteniéndole al ir á sentarse.
supuesto que estoy de prisa.
Vaya, decidme corriendo
lo que quereis. *Fel.* Un negocio
de poca entidad. *Juan.* No puedo
tratar de ningun negocio
hasta salir de mi pleyto.
A Dios: volved otro dia...
Don Felix hace cortesía para irse, y Don Juan le detiene.
Mire vmd. que no es desprecio,
sino que estoy muy de prisa.
Amigo mio, yo siento
no poder ahora escucharos;
mas qué quereis? es mi genio
el no gastar ceremonias.
Fel. Haceis bien: los cumplimientos
son mentiras disfrazadas.
Juan. Si yo fuera uno de aquellos
politicones del mundo,
os diria: caballero,

dígame vmd. lo que guste,
pues seguramente tengo
mucho gusto en escucharle;
mas seria un embustero,
si tal dixese: por ahora
tan solo en mi pleyto pienso;
y no sé hablar de otra cosa,
ni sé mentir. *Fel.* Bien lo creo;
y por cierto que me admira...
Juan. El qué os admira? mi genio?
Fel. No señor; pues todo el mundo
sabe que sois un sugeto
tan franco, que no podeis
ocultar los sentimientos
que teneis. *Juan.* Me hacen justicia
en decirlo. *Fel.* Así es muy cierto;
mas repito que me admiro
de que teniendo ese genio
tan franco, querais pleytear.
Juan. No sabeis quanto aborrezco
los pleytos! *Fel.* Y teneis uno
hace diez años lo ménos!
Juan. Y cómo he de remediarlo?
Un vecino me le ha puesto:
y por qué? por una nada,
por dos palmos de terreno
entre su huerta y la mia:
mirad lo que son los pleytos.
Este hombre fué amigo mio:
desde nuestros años tiernos
eramos inseparables,
y ahora nos aborrecemos

mútuamente: él solicita
arruinarme, y yo deseo
destruirle; y me parece
que ambos lo conseguirémos,
pues yo ya llevo gastado
un caudal. Por fin, hoy creo
que alcanzaré la victoria,
pues decidirá el Consejo
á favor de mi justicia.
Fel. Y si por un caso adverso
salís mal? *Juan.* Apelacion.
Fel. Y si os condenan de nuevo?
Juan. Apelar quarenta veces;
gastar todo lo que tengo;
y si no gano, tirarme
un pistoletazo. *Fel.* Bueno!
No fuera mas acertado
que sin llegar á ese extremo
admitais composicion?
Juan. Sí: Don Manuel de Toledo,
mi enemigo, así lo quiere;
y para ello me ha propuesto
que dé la mano mi hija
á su sobrino. *Fel.* Yo creo
que el partido es razonable.
Juan. Razonable? no por cierto:
si mala es la enfermedad,
aun es peor el remedio.
Fel. Eso es distinto: si acaso
el sobrino es un sugeto
indigno de merecer
á vuestra hija, obrais muy cuerdo

en desechar el partido.
Juan. Si la verdad os confieso,
yo no sé si la merece,
ó no la merece. *Fel.* Luego
no conoceis á ese jóven?
Juan. No le conozco, ni quiero.
Fel. Pero para decidir,
es preciso que primero
exâmineis la razon.
Juan. Bástame saber que es esto
lo que quiero, bueno ó malo.
Fel. Decidme: si en el Consejo
sentenciasen de ese modo,
por capricho, vuestro pleyto,
os pareciera justicia?
Juan. Amigo mio, doblemos
la hoja; me estan aguardando
para arreglar ahora mesmo
el dote que voy á dar
á mi hija. *Fel.* Pues tan presto
se casa? *Juan.* Esta noche misma
se desposa sin remedio:
voy, pues, á contar el dote.
Es buena cosa por cierto
el que un padre de familias
tenga que dar á su yerno
una muger muy hermosa,
y ademas mucho dinero.
Fel. Eso es que un tesoro llama
al otro tesoro. *Juan.* Bueno!
ya mirais que estoy de prisa,
y que ahora tratar no puedo

vuestro asunto: volvereis,
para que despacio hablemos,
dentro de unos quince dias.
Fel. Seguramente que siento
haber venido á ocasion
en que ocupado os encuentro;
si otro dia hubiera sido,
tuviera el gusto completo
de veros, y de admirar
vuestro jardin. *Juan.* Qué! en efecto
sois aficionado á flores?
Fel. Ese es mi único recreo.
Juan. Y tambien ese es el mio.
Fel. Yo no conozco, ni tengo
otra pasion. *Juan.* Yo tampoco.
Vaya, sentaos un momento.
Ese gusto os acredita
por un hombre de talento. *Se sientan.*
Fel. Las flores dan un placer
tan puro! *Juan.* Tan verdadero!
Fel. Cultivar un jardinito
ha sido en todos los tiempos
la diversion de los sabios.
No solo se logra en ello
que un trabajo moderado
dé vigor á nuestros miembros,
sino que tambien el alma
halla un honesto recreo,
y unas útiles lecciones.
Quien quiere ser jardinero,
por ser filósofo, encuentra
en su jardin un espejo,

donde el mundo se retrata.
El sol desde el alto cielo,
como padre de las plantas,
esparce sobre el terreno
sus rayos, y á nadie priva
del influxo de sus fuegos.
La tierra, qual buena madre,
abriga y nutre en su seno
no solo la flor preciosa,
que ha de ser el ornamento
del jardin, sino las otras
que no han de pagar su esmero
sino con secas espinas,
ó mortifero veneno.
Así es el mundo: los malos
crecen á par de los buenos:
la tierra á todos mantiene;
despues el hombre discreto
trata á unos, á otros desprecia,
al modo que un jardinero
arranca las malas yerbas,
y cultiva con esmero
las que un dia han de servirle
de placer, ó de alimento.
Juan. Preciosa comparacion!
Hoy juntos recorreremos
mi jardin. *Fel.* Yo no quisiera
incomodar. *Juan.* No por cierto;
con vuestra conversacion
me olvidaré de este pleyto
que me ofusca la cabeza.
Fel. No sabes quanto deseo *Ap.*

hacer lo que ahora me ruegas!
Juan. Mi esposa viene: me alegre
de que os conozca. Es muger
que tiene mucho talento,
pero un poco caprichosa;
y por eso no tenemos
un instante sin quimera.
Fel. Esas quimeras yo creo
que serán muy deliciosas,
pues sirven de fundamento
á una paz en que revive
de amor el antiguo fuego,
que yace entre las cenizas
de la posesion. *Juan.* Es cierto;
y porque veais que estoy
convencido, en el momento
la voy á dar un abrazo.

ESCENA III.

Dichos, Doña Antonia, Doña Clara y Fermina.

Juan. Amiga, este caballero
es el iris de esta casa:
desde ahora se concluyéron
nuestras disputas. *Ant.* No es fácil.
Clar. Este Oficial es el mesmo
que me habló en el bayle.
Aparte á Fermina.
Ferm. Ola!
Juan. Vaya; las paces firmemos
con los brazos. *Ant.* Sí; los hombres

son caprichosos y tercos:
nos disgustan, y despues
creen nos contentarémos
con tanta facilidad.

Fel. Quién no se persuade aquello
que desea?

Juan. Dice bien.

Doña Antonia se dexa abrazar con algun desden.

Ant. Quién es este caballero?

Juan. Es un ciego apasionado
de las flores, y su intento
es admirar mi jardin.

Ant. Seguramente me alegro.

Fel. Y yo me juzgo feliz
en ponerme á los pies vuestros.

Ant. No parece mal muchacho.
Aparte á Don Juan.

Juan. O amiga! es mucho talento!

Fel. Señorita, me parece
que tuve el honor de veros
en casa de un primo mio
en Madrid. *Clar.* Sí, con efecto;
en casa de Don Fernando
Avendaño.

Juan. Qué me alegro
de que seais individuo
de esa familia!

Ant. Yo espero
que todo el dia estareis
con nosotros.

Fel. Eso quiero. *Ap.*

Ant. Qué respondeis? *Fel.* Cómo es fácil
que me niegue á complaceros?
Juan. Eso sí: la semejanza
de nuestros gustos yo creo
que nos hará ser amigos
inseparables. *Fel.* Si es cierto
que la amistad se cimenta
en la igualdad de los genios,
no hay que dudar que los quatro
grandes amigos seremos.
Ant. Qué bien habla!
Juan. Mis hermanas.
Ferm. Y las acompañan creo
vuestros amantes. *Clar.* Ay Dios!

ESCENA IV.

Dichos, Doña Hildegundis apoyada en el brazo de Don Simon, y Doña Eufrosia en el de Don Mamerto.

Hild. Monsieur Don Simon, teneos;
moderad vuestros transportes.
Eufr. Ya os he dicho, Don Mamerto,
que quando hay gente delante
no deis mas pábulo al fuego
de vuestra pasion.
Juau. Qué tal
va de salud? *Hild.* Yo me siento
indispuesta. *Juan.* Pues qué tienes?
Hild. Un grande ataque de nervios.
Eufr. Y yo un gran dolor de muelas.
Mart. Será que ahora van rompiendo. *Ap.*

Juan. Aquí teneis un pariente
de los Avendaños. *Fel.* Puesto
á vuestros pies.
Hild. Servidora. *Una cortesía.*
Eufr. Repito. *Otra.*
Sim. Avendaño! conoceislo?
Mam. Yo no. *Con indiferencia.*
Sim. Ni yo. Sea quien quiera.
Juan. Martin, toma en el momento
un caballo: ve á Madrid,
sabe qué fin tiene el pleyto,
y vuelve al punto á traerme
la noticia. *Mart.* Voy corriendo.
Juan. Ha de ser pronto. *Mart.* Dos leguas
me las ando yo en un Credo.
Juan. Trae hácia acá la gazeta,
y el diario. *Mart.* Voy en eso. *Vase.*
Ant. Gusta vmd. de hablar de guerras?
Fel. Si es mi profesion.
Ant. Tendremos
muchos ratos de tertulia.
Eufr. Y sabe vmd. hacer versos?
Fel. Pero malos. *Eufr.* Está bien:
ya vuestra gracia veremos.
Hild. Y decid; sois amador
de la música? *Fel.* No creo
que hay uno á quien no le guste
su encanto. *Hild.* Pues yo os retengo.
Clar. Dibuxais? *Fel.* Ah señorita!
ese es todo mi embeleso.
Ant. Segun eso os dedicasteis
á todas las artes. *Fel.* Creo

que las artes contribuyen
á que uno viva contento.
Ellas y el amor adornan
el corazon y el ingenio.
Feliz aquel, cuyos pasos
caminan por el sendero
que el trabajo y la amistad
le señalan. Si algun tiempo
los disgustos de la vida
turban su reposo, presto
encuentra el mayor alivio
en los placeres sinceros
de las artes, y en los brazos
de sus amigos. *Ant.* Es cierto;
y añadid, que el ignorante
por fuerza no ha de ser bueno
para la amistad. *Fel.* Con todo,
hay una ciencia que creo
suple por todas. *Ant.* Quál es?
Fel. Respecto del bello sexô,
la de agradar; y en el hombre,
la del amor verdadero.
Juan. Discurris perfectamente, *Festivo.*
pero mejor hablarémos
luego que hayamos tomado
el desayuno: al momento
vamos á la mesa. *Ant.* Vamos.
Fel. Dexad que os vaya sirviendo. *Vanse.*
Don Mamerto va á dar la mano á Doña Clara,
y Doña Eufrosia se la toma,
y vanse.
Euf. Esa mano es para mí.

Hild. Pensar en no ser grosero,
Lo mismo hace Don Simon, y lo impide Doña Hildegundis.
Monsieur; señor Don Simon,
que me alarmo. *Sim.* Os obedezco.
Hild. Clara, si eres mi rival,
sufre este asalto de zelos. *Vanse.*

ESCENA V.

Doña Clara y Fermina.

Clar. Ay Fermina! este Oficial
es el mismo que bayló
conmigo, y que me robó,
para mi pena y mi mal,
el alma y el corazon.
Ferm. Quizás no le robaria.
Clar. Por qué? *Ferm.* Porque dexaria
corazon por corazon.
Amor no sabe robar,
que eso es propio de un vergante;
hace como el comerciante,
que toma para dexar.
Clar. Quando la mano me daba
palpitaba el alma mia.
Ferm. Pero mas palpitaria
quando la mano soltaba.
Clar. Dos años ha que le adoro,
aunque nunca supe de él.
Ferm. Me consta vuestro amor fiel;
el del otro es el que ignoro.
Clar. Viviera mi corazon,

si Cesar ingrato fuera?

Ferm. Pero á lo ménos viviera
hasta saber su traicion.

Clar. Ay Fermina! quál te burlas
de este mi fiero dolor!

Ferm. Los dolores del amor
son dolorcillos de burlas.
Permíteme divertir
á costa de tu cariño,
que Cupidillo es un niño,
y siempre me hace reir.
Pero en fin, vamos á hablar
del punto mas importante.
Has sabido si tu amante
es rico? *Clar.* Es un militar
de bastante graduacion,
y valor acreditado.

Ferm. Si dices que es buen soldado,
ya es pobre por precision.

Clar. Por cierto me maravillo
de tu modo de pensar.

Ferm. El valor has de buscar,
no en el pecho, en el bolsillo;
y si no piensa advertida,
que el valor de que se trata,
quando está aquí, á todos mata;
Señala al pecho.
pero aquí, nos da la vida.
Señala al bolsillo.

Clar. Soldados hay que adquiriéron
caudal en marciales glorias.

Ferm. Y á un héroe por sus victorias,

qué corona le pusiéron?
Clar. El laurel, como inmortal,
siempre al valor coronó.
Ferm. Arbol que fruto no dió,
siempre me parece mal.
Clar. A Jove se consagraba
el laurel, pues se sabia
que el que á su sombra acudia,
del rayo se libertaba.
Ferm. Dexa, señora, tontunas.
Solo es sutil el laurel
para sazonar con él
escabeches y aceytunas.
Clar. El con perpetua hermosura
siempre verde se mantiene.
Ferm. Fruta verde no conviene;
la buena es la que madura.
Dexa las hojas y flores
en los jardines amenos,
solo los frutos son buenos
en estas cosas de amores.
Mucho mas vale el dinero
de tu amante Don Simon,
que el valor y la opinion
que tiene ese caballero.
Clar. Nunca mè vuelvas á hablar
de Don Simon. *Ferm.* Aqui viene.
Clar. Me retiro. *Ferm.* No conviene.
Clar. Yo me voy.
Ferm. Pues escapar.
Por mas que mi proteccion
se declara, la importuna;

hombre da poca fortuna
es el pobre Don Simon.

ESCENA VI.

Don Simon y Fermina.

Sim. Todavia he de aguardar
hasta la noche? Qué pena!
Ferm. Qué tristeza os enagena?
Sim. El no poder tolerar
el fuego que me arrebata
al ídolo de mi amor,
y es mi deseo mayor
quanto el fin mes se dilata.
Por eso me he separado
de todos para buscarte,
y á solas comunicarte
si hay alivio á mi cuidado.
Ferm. La paciencia.
Sim. Yo he de hablar
ahora mismo á tu señora.
Ferm. Ahora mismo es mala hora.
Sim. Si quieres proporcionar
este alivio á mi pasion,
ya mi gratitud sabrás.
Ferm. Como quánto me darás?
Sim. Aunque sea el corazon.
Ferm. Si mi señora le tiene
es inútil ofrecer.
Sim. De esto puedo disponer.
La da un bolsillo.
Ferm. Esto sí que me conviene.

Sim. Lo harás? *Ferm.* Si soy tu criada,
á obedecerte me obligo.
Sim. Criada mia? *Ferm.* Lo digo
porque estoy asalariada.
Retírate, porque viene
aquí tu competidor.
Sim. Antes dime si en mi amor
nuevo obstáculo previene... *Ferm.* Quién?
Sim. Aquese forastero,
que algunas dudas me da.
Ferm. Ese al torneo vendrá
solo como aventurero.
Sim. A Dios; y mira que fio
mi esperanza á tu cuidado.
Ferm. Bien puedes ir descuidado.
Sim. Darás vida al amor mio. *Vase.*

ESCENA VII.

Dicha, y Don Mamerto.

Mam. Dime la verdad, Fermina:
es cierto que se prepara
la boda de Doña Clara?
Ferm. Mi señor tal imagina.
Mam. Tan pronto?
Ferm. Pues yo dixera
que lo debes aplaudir,
siquiera para salir
de dudas. *Mam.* Yo no quisiera
sino que se dilatara,
Ferm. Luego te gusta esperar?
Mam. Por poderme manejar

mejor. *Ferm.* Hay cosa mas rara!
Mam. Un mes hace que he llegado
á pedir su mano bella,
y hacia otro mes que en ella
solamente habia pensado.
Al mes siguiente esperaba
que quizás la agradaria,
y al otro tal vez podria
persuadirla que la amaba.
Al mes siguiente esperé
declararla mi pasion,
y al otro su corazon
ya por mio le juzgué.
Otro mes se pasaria
entre desvios y zelos,
y al otro ya mis desvelos
harian que fuese mia.
Al mes siguiente... *Ferm.* Te daba
un tabardillo pintado;
te morias, y enterrado,
mi señora se casaba
con tu rival Don Simon,
que no gasta tal paciencia.
Mam. Ah! no sabes la violencia
de mi amor y mi pasion!
Si te pudiera explicar
las penas del alma mia!...
Ferm. Quarenta años gastaria *Ap.*
en podérmelas contar.
Pues, señor, lo malo es
que esta noche ha de casarse;
y que no puede aguardarse.

Mam. Con que es verdad? *Ferm.* Ya lo ves.
Mam. No puedes proporcionar
que hable un rato á Clara bella?
Ferm. Para decírselo á ella
un año habré de tomar:
al otro se lo diré,
al otro dirá que si...
Mam. Fermina, burlas de mí?
Ferm. Tu estilo en esto imité.
Mam. Este te podrá acordar
lo que deseo. *La da un bolsillo.*
Ferm. Qué risa! *Ap.*
como ve que va de prisa
quiere la posta tomar.
Mam. Qué respondes? *Ferm.* Que hablaré
ahora mismo á tu favor,
y que la digas tu amor
cara á cara dispondré.
Retírate, que al instante
yo te volveré á buscar.
Mam. Si me quieres ayudar
seré dichoso. *Vase.*
Ferm. Es constante.
Ambos se van satisfechos;
y yo, qual buen Escribano,
por ninguno tomo manó,
y de ambos cobro derechos.
Gente viene; y en verdad
que es el Oficial; ahora,
pues le quiere mi señora,
su amor voy á sonsacar.

ESCENA VIII.

Dicha y Don Felix.

Fel. Miéntras estan en la mesa
divertidos, bien seria
ganar á aquesta criada;
pues si de su señorita
es la única confidenta,
es circunstancia precisa,
para lograr mis deseos,
hacer que sea mi amiga.
Fermina? *Ferm.* Señor Don Cesar,
por cierto es ventura mia
que me vengais á buscar,
quando yo á buscaros iba.
Fel. A buscarme? *Ferm.* Sí por cierto.
Fel. Y qué causa lo motiva?
Ferm. El deseo de aliviar
la pena que os martiriza.
Fel. Yo no estoy triste.
Ferm. Ni alegre;
pues viendo que determina
mi señor que su hija bella
esposo esta noche elija,
es fuerza que alguna duda
tengais.
Fel. Qué diestra es la niña! *Ap.*
pero da con quien la entiende.
Por cierto me alegraria
que en la eleccion acertase,
pues es su beldad divina.

Ferm. Si á su corazon escucha
es necesario que elija
á quien la ama muy de veras.
Fel. Necia en no hacerlo seria;
pues amor es quien prepara
de himeneo las delicias.
Ferm. Y si á vos os eligiese?
Fel. Cierto me sorprehenderia,
porque no lo espero. *Ferm.* No?
Extraña cosa seria
que no la amaseis. *Fel.* Por qué?
Ferm. No confesais que es divina
su hermosura? *Fel.* Nada importa;
no todo lo que se admira
se desea. *Ferm.* Yo no creo
que hay corazon que resista
á una belleza. *Fel.* Este mio.
Ferm. El vuestro! cierto me admira.
Fel. Tu eres hermosa, y no te amo.
Ferm. En ese elogio se cifra
vuestro secreto, pues creo
que ya es maña muy antigua
el decir á las criadas
aquello que se diria
á sus amas. Descubrios
de una vez: quizás podria
pagaros vuestro secreto
con otro. *Fel.* Pues me precisas
á que hable, dame la mano.
Ferm. Para qué? *Fel.* Porque querria
decirte yo tus secretos,
pues los mios imaginas.

En esta mano confio
toda la esperanza mia,
y este anillo es la señal
que mi afecto simboliza.
Ferm. Qué decis, señor Don Cesar,
que no os entiendo á fe mia?
Fel. Yo hago el papel de Martin.
Ferm. Ingrata á tu amor seria,
si no te correspondiese.
Dos años hace que anima
mi corazon tu memoria;
y aunque á poseerme aspiran
dos amantes, es en vano
pensar que á ninguno elija,
pues mi corazon es tuyo
desde que te ví. *Fel.* Fermina!
Ferm. Es que hago el papel de Clara.
Fel. Ya me descubrí. *Ferm.* Imagina
que á mí nada se me oculta:
no temas pues, y confia
en que si Clara te ama,
su criada ya es tu amiga.
Fel. Se venció este inconveniente. *Ap.*
Podré hablarla? *Ferm.* Quién sabria
negarte ese corto alivio?
Fel. Temo... *Fer.* Qué temes? *Fel.* Que miran
dos rivales los progresos
de mi amor. *Ferm.* Necia porfia
es la suya; pero escucha
lo que hará por tí una amiga.
Don Mamerto va á venir
por saber cierta noticia

que le interesa, y el otro
con esta misma manía
vendrá. Porque no incomodes
aquesta amorosa intriga,
á cada uno de esos necios
voy á embocarle una tia;
y en tanto, yo haré que venga
á hablarte mi señorita.
Fel. Talento tienes. *Ferm.* Pues eres
militar, en la milicia
ya sabes que se acostumbra,
quando un ardid se medita,
el desviar de sus puestos
á las tropas enemigas,
pues tenerlas separadas
es tenerlas ya vencidas.

ESCENA ÚLTIMA.

Don Felix solo.

Fel. Si yo venzo este rencor
la dulce paz reynará,
la amistad renacerá
en los brazos del amor.
Entre las glorias de Marte
sus horrores conocí,
y por ellos aprendí,
hermosa paz, á buscarte.
Quien sabe proporcionarte,
da á su nombre eterno honor;
aspire pues mi valor
á lograr esta victoria,

pues será inmortal mi gloria
si yo venzo este rencor.
Aquí la amistad vivia,
el interes la turbó,
vino el odio, y desterró
de estos campos la alegría.
Monstrüo cobarde, este dia
mi industria te vencerá;
luego que huyas volverá
la virtud á su morada,
y de olivas coronada
la dulce paz reynará.
Cultivaba este terreno
la amistad mas verdadera,
y nunca la primavera
lució en campo tan ameno;
ahora está de espinas lleno,
porque el odio en él está;
mi mano las cortará,
producirá nuevas flores,
y entre sus bellos colores
la amistad renacerá.
En el soldado ha de hallar
el contrario un enemigo,
y el ciudadano un amigo,
que su bien ha de mirar.
Prendas de un buen militar
son la virtud y el honor:
Marte premia su valor
con el laurel que merece,
y olivas la paz le ofrece
en los brazos del amor.

De la amistad mensagero
vengo á ser en este dia;
y pues amor es mi guia
el triunfo lograr espero.
Como un amigo sincero
este rencor venceré;
como amante aspiraré
á premio mas superior,
y con las rosas de amor
mi guirnalda texeré.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Fermina y Felix.

Ferm. Ya no hay nada que temer:
el campo quedó por nuestro.
Doña Hildegundis se halla
con Don Simon, y Mamerto
sufre la conversacion
de Doña Eufrosia: con esto
podemos estar seguros.
Fel. Qué ha respondido mi dueño?
Ferm. Que está deseando hablaros:
ya viene: llegad. *A Clara que sale.*

ESCENA II.

Dichas y Clara.

Clar. Yo tiemblo. *Ferm.* De alegría?
Clar. Habla mas baxo,
no nos oigan. *Ferm.* No hay recelo,
pues voy á hacer centinela. *Vase.*
Clar. En fin, Don Cesar, qué intento
os ha traido á mi casa?
Fel. En alas de un buen deseo
vine á hablar á vuestro padre,
por Don Manuel de Toledo,

para que la paz reuna
estos amigos sinceros,
que ha diez años se aborrecen.
Car. Dificil es vuestro empeño.
Pero es posible que solo
vinisteis ha hablar del pleyto?
Fel. Aunque yo lo aseguiara,
nunca pudierais creerlo.
Clar. Por qué razon? *Fel.* Olvidasteis
aquel dichoso momento
que os hablé? Visteis entónces
la viveza de mi fuego,
y sabiendo que os adoro,
podeis creer que á solo el pleyto
he venido á vuestra casa?
Si logro, como deseo,
reunir las dos familias,
aspiraria al momento
de asegurar estas paces
con el lazo de himeneo.
Clar. Qué himeneo? *Fel.* Pediria
vuestra mano para un tierno
amante vuestro.
Clar. Quién es?
Fel. Es Don Felix de Toledo.
Clar. Es vuestro amigo?
Fel. El mas fino.
Clar. Mil veces mi padre ha hecho
su retrato, y ciertamente
que por él yo le aborrezco.
Fel. El odio siempre exâgera
los mas pequeños defectos;

Clar. Y la amistad los encubre.
Fel. Don Felix... *Clar.* Vaya, dexemos
ese asunto.
Fel. Ah Clara hermosa!
Felix os ama sincero.
Clar. Sin conocerme? *Fel.* Os conoce
dos años hace
Clar. Qué es esto! *Ap.*
Fel. Escuchó de vuestra boca
vuestro odio; pero en silencio
os adora, y os disculpa.
Clar. El me oyó? qué estais diciendo?
ya mi corazon me dice...
Fel. La verdad:
á los pies vuestros
teneis á vuestro enemigo,
que nunca ha sabido serlo:
yo soy Felix, que os adora.
Clar. Por cierto anduvisteis diestro
en ocultar vuestro nombre,
pues Don Felix de Toledo,
jamas hubiera logrado
lo que Don Cesar. Yo temo
que si mi padre os descubre...
Fel. Ignora mi verdadero
nombre; mas si le pregunta,
á decirle me resuelvo.
Clar. Mucha imprudencia seria;
la ficcion en ciertos tiempos
es necesaria.
Fel. Jamas.
La verdad en todo empeño

sale triunfante. Yo habia
de engañar al padre vuestro!
Si su amistad solicito,
fuera muy decente medio
fundar en una mentira
la verdad de mi deseo?
Clar. No sabe que sois Don Cesar
Avendaño? *Fel.* Yo no tengo
la culpa de que lo crea,
pues mi nombre verdadero
no me preguntó. Le dixe
que tuve el honor de veros
en casa de un primo mio,
y por eso está creyendo
que Avendaño es mi apellido.
Clar. Ay Felix, que el amor nuestro
tiene mil inconvenientes!
Fel. Todos vencerlos espero,
si me ayudais.

ESCENA III.

Dichos, y Fermina.

Fer. Pronto, pronto,
porque se acerca á este puesto
vuestro padre.
Fel. Una palabra.
Fer. Yo la diré: yo te quiero: *á Clara.*
yo te amo: todo está dicho. *á Felix.*
Marchad por aquí corriendo,
y vos por aqueste lado;
y miéntras que pasa el viejo

podeis mirar el jardin,
pues le dareis gusto en ello.

ESCENA IV.

Fermina sola.

Fer. Estos amantes me enfadan,
todos son de vivo fuego
quando piensan en hablarse,
y en llegando á verse yelo.
Pues yo soy todo al contrario,
jamás en mi novio pienso,
sino quando está delante;
pero entónces, esto es hecho,
sean verdades ó mentiras
no queda nada en mi cuerpo.

ESCENA V.

Don Juan y Fermina.

Juan. Ola! qué haces aquí? *Fer.* Nada.
Juan. Y mi hija? *Fer.* Está leyendo
en su quarto. *Juan.* Qué inocencia!
y el oficial forastero,
á dónde está? *Fer.* En el jardin.
Juan. Con que ha ido al jardin? me alegro.
Quánto se divertirá! *Fer.* Mucho!
Juan. Es aficionado creo
á las flores.
Fer. Y á los frutos *Ap.*
mucho mas: mas ya le veo
venir.

Juan. Voy á divertirme
con su narracion: con eso
veré si es hombre de gusto.
Márchate.
Fer. Ya iba yo á hacerlo. *Vase.*

ESCENA VI.

Don Juan y Don Felix.

Juan. Qué decis de mis flores?
Fel. Ni en Aranjuez hay tantas ni tan varias.
Juan. Yo caso sus colores
con eleccion: aquellas pasionarias
que trepan jugueteando por las cañas,
qué tal os preciéron?
Fel. Muy extrañas;
pero lo mas hermoso
es aquel cenador.
Juan. Sí, es excelente.
Fel. Como está tan frondoso,
y como brota en medio aquella fuente,
el templo de la paz me parecia:
ojalá que ella allí reynase un dia!
Juan. Pacífica morada
es la de mi jardin. *Fel.* La paz que digo
es la del corazon. *Juan.* Yo la consigo,
gracias á Dios. *Fel.* Vivis muy engañado;
la paz con pleytos nunca se ha gozado.
Juan. Sostengo mi derecho. *Fel.* Triste cosa
es que ese pleyto vuestra paz altere
en esa edad preciosa,
que es la de la razon: en ella muere

aquel fuego que encienden las pasiones,
y el juicio arregla todas las acciones.
Juan. Dexemos lo del pleyto.
Fel. Me parece,
que pronto dará fruto aquel manzano.
Juan. No visteis como crece?
yo mismo le he sembrado por mi mano.
Fel. Sembrarle!
Juan. Una manzana me dió Clara,
y sembré sus pepitas.
Fel. Quién pensára
que así hubiese crecido!
Juan. El dia que le vea con manzanas
me han de tener que atar.
Fel. Buen gusto ha sido
perpetuar de ese modo su regalo.
Juan. Ya mirais que Clarita ha de casarse;
y no es esto lo malo,
sino que acaso llegará á olvidarse
de mi cariño ; quando tal suceda,
y que su ingratitud mi vida aflija,
en el manzano mi consuelo queda;
y al ver su fruto pensaré que mi hija
muy contenta y ufana
en la boca me pone una manzana.
Fel. Y que un rencor insano *Ap.*
se abrigue en este pecho tan sensible!
Pues , señor , el manzano
se perderá.
Juan. Y por qué? vos sois terrible!
Fel. Porque aquel paredon endemoniado
le es perjudicial. *Juan.* Le he levantado

con cierta mira.
Fel. El sol no puede darle
por su causa. *Juan.* Con todo...
Fel. Vaya, si es necesario derribarle.
Juan. Derribar la pared? de ningun modo.
Fel. Pues no tendreis manzanas.
Juan. Qué porfia!
señor, esa pared me convenia.
Fel. Por qué razon?
Juan. Por la mayor por cierto.
Al otro lado está la casa y huerto
de mi enemigo; y siempre le tuviera
delante de mis ojos,
si esa pared por medio no estuviera.
Fel. Y decid: preferis vuestros enojos
al placer delicioso
de coger algun dia el fruto hermoso
de ese árbol que ha nacido solamente
para que eternamente
el cariño de Clara os simbolice?
Juan. Hay árboles que crecen grandemente
á la sombra. *Fel.* Son raros.
Juan. Este será uno de ellos.
Fel. Qué reparos
son los vuestros, señor, en ver la huerta
de quien fué vuestro amigo? el odio injusto
no creo se concierta
con el pleyto: si acaso el pleyto es justo,
sostened norabuena
vuestro derecho, si le creeis fundado.
Juan. Eso es razon.
Fel. Mas la razon condena

el rencor que teneis. Los tribunales
tienen Ministros doctos é imparciales,
que os guardarán justicia;
en tanto no os priveis de la delicia
de ver vuestros amigos y vecinos.

Juan. Cada uno se entiende.

Fel. Dichoso el hombre que su vista extiende
por los campos que cercan su morada,
y que de una mirada
paseando los ojos por la tierra
á sí propio se dice:
quantos vecinos este campo encierra,
tantos son mis amigos: soy felice.
Mias son las agenas provisiones,
puesto que mios son sus corazones.
No hay un vecino en todo este distrito
que no sea mi amigo.

Juan. Si supieseis qué infame es mi enemigo!

Fel. No lo es tal. *Juan.* Os repito
que no le conoceis.

Fel. De él no os hablára
si no le conociera.

Juan. Quién pensára
que vos le conoceis!

Fel. Solo he venido
de su parte.

Juan. Av mi Dios! qué es lo que he oido?
sereis su amigo? *Fel.* Sí.

Juan. Con qué osadia
os manteneis en la presencia mia?
Vos amigo de un hombre...

Fel. Que lo es vuestro,

y que lo quiere ser.

Juan. No, no en mi vida.
El rompió la amistad, él me aborrece.

Fel. Si él os aborreciera, me parece
que nunca me enviara
porque con vos las paces concertára.

Juan. El miedo es quien le obliga
á la composicion.

Fel. Tal no se diga;
espera favorable la sentencia,
pues cree tiene razon.

Juan. Necia creencia.

Fel. Muy bien puede engañarse:
todo hombre está sujeto á equivocarse;
mas su sinceridad solo desea...

Juan. El qué? *Fel.* Vuestra amistad.

Juan. Pues nunca crea
que la conseguirá. *Fel.* Para lograrla
os cede la mitad de ese terreno.

Juan. La mitad? qué decis?..
esto es muy bueno: *Ap.*
Se queda suspenso, y luego dice.
todo él me corresponde: todo es mio.

Fel. Pues bien, todo os lo cede.

Juan. Todo? podrá ser cierto?

Fel. Yo lo fio.

Juan. En mí fuera baxeza
el admitir su oferta generosa;
mejor quiero pleytear.

Fel. Es extrañeza
pleytear por una cosa
que os ceden ya.

Juan. Con todo, este es mi gusto.
Fel. No mirais que es injusto?
Juan. Ni yo quiero ceder, ni ménos quiero
que ceda el otro: cada qual su fuero
siga como hasta aquí.
Fel. Rara demencia!
Juan. Quien dará la razon es la sentencia.
Fel. Puesto que ambos estais muy satisfechos
de que teneis razon, yo deseara
que los dos confundiéseis los derechos.
De ese terreno, objeto de rencores,
haced un bien comun; nadie lo siembre,
y sirva solo para ser camino
que cada huerta aparte del vecino:
así será este linde venturoso
el linde de la paz: dos cenadores
habrá en el medio con hermosas flores,
y llamareis á este lugar precioso
el templo de la paz y la alegría.
Qué delicia será que en algun dia
allí los dos contrarios reunidos
podais juraros la amistad sincera
qual la jurasteis en la edad primera.
Juan. Pero ese Don Manuel...
Fel. Es vuestro amigo:
serlo suyo quereis? *Juan.* Yo...
Fel. Si consigo
hacer la paz, qué venturoso dia
es este para mí! Vaya, decidme,
le amais?
Juan. Tantas instancias!..
Fel. Despedidme,

ó admitid el partido. *Juan.* Despediros!..
por cierto es fuerte cosa...
pero esperad, que aquí viene mi esposa:
si ella consiente, yo tambien consiento.

ESCENA VI.

Dichos, y Doña Antonia.

Ant. Ola! decid quál es el fundamento
de esa conversacion tan dilatada.
Fel. Un rasgo generoso. *Ant.* Aficionada
he sido á las acciones generosas.
Fel. Por eso vuestro esposo os ha elegido
por nuestro juez. *Ant.* Admito ese partido.
Juan. Resolved la qüestion á vuestro gusto.
Amigo, vuestro intento será justo;
mas dudo que llegueis á convencerla.
Fel. Por qué?
Juan. Ya aprendereis á conocerla.
Es astuta, y á todo halla salida;
no penseis que es tán dócil, y tan buena
como yo. *Fel.* Mas si queda convencida,
tambien lo estareis vos? *Juan.* Eso sin duda.
Quedaos á Dios, que ahora es fuerza acuda
á cierta diligencia:
volveré á concluir la conferencia. *Vase.*

ESCENA VII.

Doña Antonia y Don Felix.

Ant. No sabremos qué os decia
mi esposo en ese secreto?

Fel. Me anunciàbá mal despacho
en mi pretension. *Ant.* Qué necio!
Los maridos siempre piensan,
que tan solamente ellos
son buenos y generosos.
Fel. Mas sin embargo yo creo
que tiene razon. *Ant.* No tal.
Fel. Quando sepais el objeto
de la qüestion... *Ant.* Os repito,
que se engaña; no seais terco.
Fel. Pero el asunto es sin duda
muy delicado. *Ant.* Me alegro:
mayor será la victoria:
vereis como á un mismo tiempo
quedais vos desengañado,
y las sospechas desmiento
de mi esposo: qué es el lance?
Fel. Ya os dixe que el fundamento
era una accion generosa.
Ant. Si hubierais sido discreto,
y hubierais venido á mí
ántes que á mi esposo, creo
que estaria hecha la cosa.
Hablad.
Fel. Voy á sorprehenderos
quando os hable.
Ant. Sorprehenderme
á mí? sereis el primero
que me sorprehenda. Decid
lo que deseais. *Fel.* Deseo
concertar las amistades
de Don Manuel de Toledo,

y vuestro esposo.
Ant. Qué oigo! *Fel.* Os enojais?
Ant. De ira tiemblo!
pues qué, sereis tan osado,
que querais... *Fel.* Vaya, ya veo
que Don Juan tuvo razon.
Ant. No la tuvo, no por cierto;
pero es tan raro este asunto...
Fel. Viniera yo á proponeros
un asunto que no fuese
digno de vuestro talento?
Ant. Precisamente este dia
se ha de sentenciar el pleyto.
Fel. Ahí está el mérito. *Ant.* Acaso
mi esposo no vendrá en ello;
pues en fin, en este asunto...
Fel. O! ya sé que él es muy dueño
de hacer todo lo que guste.
Ant. Eso será si yo quiero.
Fel. Esas son mis esperanzas.
Ant. Por qué?
Fel. Porque no dependo
sino de vos. *Ant.* Lo tomais
tan á la letra... *Fel.* Qué imperio
tan dulce es el de una esposa!
Sus gracias y su talento
dominan el corazon
de su esposo; y no sabiendo
apartarse de su gusto,
es esclavo verdadero
de aquella misma que debe
obedecerle. *Ant.* En efecto,

yo me aprovecho muy bien
del ascendiente que tengo
sobre mi esposo. *Fel.* Así es,
y por eso mismo vengo
á proponeros las paces
útiles á todos; puesto
que siempre son muy ruinosas
la resultas de los pleytos.
Ant. Yo no temo esas resultas.
Fel. Ya sé que vuestros consejos
ilustran á vuestro esposo;
pero sin embargo creo
que entre la paz y la guerra,
la paz debe ser primero.
Ant. No siempre. *Fel.* Y en fin, señora,
si se hace por vuestro medio
esta paz, ó quánta gloria
os resultará por ello!
Terminar el mismo dia
de la decision un pleyto
que duró mas de diez años,
sin duda es un golpe maestro.
Ant. Mas todos le atribuirán
á mi esposo.
Fel. No por cierto.
Se dirá: ya hizo la paz
con Don Manuel de Toledo
Don Juan de Lara. O! no es él;
su esposa es quien lo ha compuesto,
pues él siempre se gobierna
por ella. *Ant.* Pero en efecto...

ESCENA VIII.

Dichos y Clara.

Ahora estamos ocupados, *Viéndola venir.*
retírate.
Clar. Os obedezo. *Hace que se va.*
Fel. Esperad. Doña Clarita
ha venido á muy buen tiempo
para admirar la bondad
con que vos en un momento
terminais aqueste asunto
tan enredado. *Ant.* Os advierto
que yo nada he decidido.
Fel. Qué virtud! Ahora penetro
vuestra intencion: reusais
la gloria del vencimiento,
y no quereis se publique
vuestro triunfo; mas yo creo
que Doña Clarita piensa
lo mismo que vos. *Ant.* No es cierto.
Fel. Lo vais á ver. Señorita,
hoy sentenciará el Consejo
el pleyto... *Clar.* Sea la que fuere
su decision, os protesto
que si de mí dependiese
este negocio, ahora mesmo
haria se concluye
amistosamente. *Fel.* Veislo?
la hija es digna de tal madre.
Ant. Yo no he dicho nada. *Fel.* Pero
penetró vuestra intencion.

Ant. No señor. *Fel.* Si tal.
Ant. Yo quiero
que diga ella si jamas
la mostré el menor deseo
de hacer estas amistades.
Responde, Clara. *Fel.* Ya veo
que dexais á vuestra hija
el honor de haber compuesto
esta discorcia. Me admira
vuestra virtud! *Ant.* Todo esto
parará en que al fin me hareis
convenir en que consiento.

ESCENA IX.

Dichos y Don Juan.

Juan. En qué paró la disputa?
Fel. En este propio momento
acaba de consentir
vuestra esposa. *Juan.* Será cierto?
Ant. Si. *Juan.* Por no pensar lo mismo
que yo pensaba.
Fel. El proyecto *Ap.*
se deshizo nuevamente.
Ant. Piensa vmd. que tengo empeño
en disgustarle? *Juan.* Me voy.
Fel. Esperad. *Juan.* Ya lo estais viendo;
con esta muger no es dable
tener paz. *Ant.* Yo nunca puedo
tenerla con un marido
tan insufrible. *Juan.* Estarémos
siempre reñidos. *Se retiran.*

Fel. Oid... *Reuniéndolos.*
reñidos siempre? yo creo
que nunca os amasteis tanto
como ahora: los dos por cierto
sois felices. *Ant.* Yo? no tal.
Juan. Ni yo tampo. *Fel.* A lo ménos
parece que habeis nacido
uno para el otro. El necio
juzgará por la apariencia
que os aborreceis, supuesto
que jamás estais acordes.
Mas para mí, que penetro
el corazon, y conozco
las delicias de himeneo,
veo vuestra vida felice.
Conservais vivo aquel fuego
del amor, que el matrimonio
suele apagar: como tiernos
amantes, teneis desdenes,
quexas, desvios, mómentos
de indiferencia, y en tanto
os amais en el secreto
del corazon. Ved la rosa
entre las espinas. Quiero,
que os abraceis.
Juan. Si ella quiere... *Los hace abrazar.*
Fel. Pues no ha de querer? de nuevo
os va á presentar los brazos,
con el cariño mas tierno.
Ant. Mas tambien es demasiado...
Juan. No, Antonia; yo te cofieso,
que mi corazon me dice

que es un placer verdadero
hacer la paz con su esposa.
Fel. Llegó por fin el momento,
de terminar el asunto
que me ha traido: supuesto
que la razon, la amistad
y el amor os han dispuesto
á mi favor: decidid,
pues juntos estais.
Juan. Yo tengo
el plan de ambas huertas: vamos,
vereis claro que el terreno
de que se trata es muy mio,
y que con razon pleyteo.

ESCENA X.

Dichos, Don Simon y Mamerto.

Sim. Fortuna ha sido escapar *A Mam.*
de las viejas. *Mam.* Mucho temo
que vengan á perseguirnos
todavia. *Sim.* No hayais miedo,
aquí ya estamos seguros.
Juan. Tambien estos caballeros
nos ayudarán.
Clar. Mirad
que quizás no estan impuestos.
Fel. Dice muy bien vuestro padre:
yo iba á pedirles lo mesmo
apénas los ví venir.
Sim. Obrarémos de concierto. *Ap. á Mam.*

Mam. Sí, para contradecirle
quanto diga.

Simon se sienta junto á Doña Antonia en medio del teatro: á la derecha Mamerto junto á Clara: á la izquierda Don Felix de pie junto á Don Juan, que está sentado exáminando el plan que hay sobre la mesa.

Juan. Pues tenemos
el plan, con una mirada
conocereis mi derecho.
Estos son los dos caminos.

Mam. Ya por fin llegó el momento
de que os pueda hablar á solas.

Clar. Callad.

Siguen la conversacion en secreto.

Sim. Que consentireis espero *A Antonia.*
en que Doña Clara me haga
venturoso.

Ant. Ya veremos.

Juan. Este es el punto dudoso; *A Felix.*
esta cola de terreno
que entra aquí.

Fel. A ver su extension.

Mam. Ese Oficial es un necio, *A Clara.*
que ha venido á incomodaros
con tontunas.

Clar. No por cierto.

Juan. Por aquí estaba la tapia
antigua. *Sim.* Yo me prometo
que este militar será *A Antonia.*
despedido en el momento.

Juan. Por esto solo pleyteamos: *A Felix.*
utrum si aqueste terreno
toca en mi huerta, ó está
en la suya. *Mam.* Por lo ménos *A Clara.*
no me hareis la gran injuria
de ponerme en paralelo
con un pobre militar.
Clar. Os suplico que dexemos
un punto que me incomoda.
Sim. Y muy bien hubierais hecho
en no darle oidos. *A Antonia.*
Juan. No tal; *A Felix.*
Don Simon, venid á verlo,
y me dareis la razon.
Sim. Qué diablo de plan!

Simon se levanta enfadado, y toma el puesto de Felix, y este el suyo.

Fel. El puesto
ocupo; pero no sé
si os agradaré. *Ant.* Por cierto
que le ocupais con ventajas.
Mam. Ahora nuestro aventurero
irá á hablar de Don Simon
mucho y malo.
Clar. No lo creo.
Fel. Don Simon es muy amable,
y tiene mucho talento:
oxalá que yo pudiera
imitarle. *Juan.* Estan muy léjos
uno de otro: no es así?
Sim. La cosa es clara: es un necio

quien os niege la razon.

Juan. Amigo, este caballero
os culpa. *Sim.* En todo y por todo.

Fel. Pues yo apelo á Don Mamerto.

Juan. Muy bien: venid á mi lado
á ver la cola.

Mam. Que entiendo *Ap. con enfado.*
yo de colas, ni de rabos!
Veamos. *Siguen hablando.*

Simon se vuelve á sentar junto á Doña Antonia, y Felix se sienta junto á Clara.

Sim. Mucho me temo
que en esta pequeña ausencia
he perdido en un momento
quanto tenia ganado.

Ant. Os engañais. *Siguen.*

Clar. Don Mamerto
os aborrece. *Fel.* No tal.

Clar. Me habló mal de vos. *Fel.* En eso
prueba lo mucho que os quiere.
A la fuerza de los zelos
nadie sabe resistir,
pero yo estoy satisfecho
de que no piensa de mí
tan mal. *Clar.* El no es tan sincero
como vos. *Fel.* Es incapaz
de aborrecerme.

Juan. En efecto,
tambien Don Mamerto os niega
la razon. *Mam.* Y le condeno
sin apelacion. *Fel.* No importa

los dos en este momento
vais á hablar á mi favor.

Simon y Mamerto se ponen junto á la mesa, teniendo en medio á Don Juan. Felix se coloca entre Doña Clara y Doña Antonia: hablan respectivamente.

Clar. Qué vais á hacer? *Fel.* Mis deseos
son reunir dos contrarios,
y ambos en este proyecto
me habeis de ayudar por fuerza,
puesto que sois caballeros,
y que la virtud amais.
Juan. Se engaña. *Mirando el plan.*
Sim. Y mucho. *Fel.* Ya veo
que Don Simon es un hombre
de conocido talento.
Mam. Adónde tiene los ojos
ese hombre? *Fel.* Don Mamerto
es generoso. *Sim.* No sabe
lo que se dice. *Fel.* Por esto
confio en que tomarán
mucha parte en mis deseos.
Mam. y Sim. Qué bruto!
Ant. Tal esperais?
Fel. En igual caso yo mesmo
hablaria á su favor,
del mismo modo que espero
que hablen al mio. *Ant.* Y pensais
que son capaces de hacerlo?
Fel. Lo creo con todas veras.
Sim. Lo yerra de medio á medio.
Clar. Qué diferente carácter!

Ant. Ya es preciso que cortemos
este lance: á ver el plan?
Impaciente de oir á Felix elogiar á los que le desacreditan, se llega á mirar con ellos el plan. Felix se pone al lado de Clara algo separado. Simon y Mamerto lo observan, fingiendo siguen exâminando el plan.

Fel. Antes del cruel momento
en que debeis elegir
esposo, decidme á lo ménos
una palabra que pueda
darme esperanzas. *Mam.* Qué terco
está el hombre! *Sim.* Es porfiado.
Fel. Ah señora! ese silencio
me hace creer... *Clar.* Vuestros rivales
os escuchan; conteneos.
Fel. Pero á lo ménos... *Clar.* Ya os dixe
que os amo; pero recelo...
Fel. El amor todo lo vence.
Clar. Sin embargo, los preceptos
de un padre son respetables.
Juan. Nuestros límites son estos. *A Ant.*

ESCENA XI.

Dichos y Fermina que habrá salido á los últimos versos, y con sigilo se acerca á la mesa, guardándose de que la vea su ama, y habla á Don Simon.

Ferm. Doña Hildegundis os llama.
Sim. Déxame. *Con enfado.*

Ferm. Qué culpa tengo,
si me hace venir?
Ant. Qué dices? *Reparando.*
Fel. Que han traido los claveleros,
y los tiestos de alelies.
Juan. Quién los truxo? *Ferm.* El jardinero
del otro dia. *Ant.* Y á dónde
piensas poner estos tiestos?
Juan. No dixe que en los balcones
del gabinete?
Ant. No quiero
que me llenen de mosquitos:
dí que se los lleven presto. *Juan.* No tal.
Ant. Allí no se ponen.
Juan. Vaya que tienes empeño
en contradecirme. *Ant.* Y tú
en mortificarme. *Juan.* Pero...
Ant. No hay pero que valga; allí
no se han de poner los tiestos.
Juan. Lo veis? *Fel.* Debeis darle gusto
en algo. *Juan.* Siempre es lo mesmo.
Dobla, y se guarda el plan.
Los tiestos han de quedarse;
pero proporcionarémos
un parage en el jardin.
Dónde estan? Vamos á verlos.
Ant. Que sea léjos de mi quarto.
Jaun. Será donde quieras: creo *A Clara.*
que sus flores servirán
para el ramo de himeneo.
Ven con nosotros verás
qué extrañas son. *Clar.* Obedezco.

Juan. Despues que esto se concluya
á nuestro plan volverémos.

ESCENA XII.

Felix, Simon, Mamerto y Fermina. En el fondo del teatro Doña Hildegundis, y Doña Eufrosia, que se quedan paradas como observando á sus amantes.

Ferm. Aquí vienen vuestras damas;
nosotros vamos huyendo
la descarga. *Queriendo llevar á Felix.*
Sim. No, esperad. *Fel.* A vos os buscan.
Sim. Por eso
me retiro. *Mam.* Y yo tambien.
Fel. Respeto vuestros derechos,
y así debo retirarme.
Sim. Nosotros os los cedemos.
Mam. Y sin ninguna reserva.
Fel. Vuestro favor agradezco;
pero mirad no sea el diablo
que tengamos algun duelo
si las requiebro. *Sim.* No es fácil
que suceda. *Mam.* No hayais miedo:
requebrad á vuestro gusto,
y que os haga buen provecho.
Hild. Esperá, ingrato, no huyas.
Sim. Yo no puedo complaceros,
pues vuestro hermano me aguarda. *Vase.*
Eufr. Escuchad, no seais grosero.
Mam. Seré quanto vos quisiereis;
mas detenerme no puedo. *Vase.*

ESCENA XIII.

Hildegundis, Eufrosia y Felix.

Hild. Eufrosia, ves qué desayre?
Eufr. Qué quieres? irán siguiendo
á Clara. *Hild.* Qué harémos ahora?
Eufr. Vengarnos de su desprecio;
y pues se quedó Don Cesar
curemos zelos con zelos.
Hild. Dices bien: venguémonos
de ese modo. *Los dos.* Caballero,

Le hacen cortesia, él mira á una y otra, dudando á quien responder primero.

besoos la mano.
Hild. Indeciso

Le hace seña para que se llegue.

vacila su amante pecho
entre las dos. *Eufr.* Qué contraste
de pasiones y de afectos!

Le hace otra seña, viendo que va hácia la otra.

Ya es mio el triunfo. *Fel.* Señoras,
permitid que á los pies vuestros
ponga...
Hild. Qué pondrá á mis pies? *Ap.*
Fel. El mas profundo respeto
con que os venero. *Eufr.* Qué tímido! *Ap.*
Hild. Qué galan y qué discreto! *Ap.*
Eufr. Mi hermana solo ha venido
á cautivaros. *Con ironía.*
Hild. Espero,
que no te mezcles jamas

en mis negocios. *Fel.* Qué es esto?
Hild. Tú te empeñas en burlarme,
y callas que el mismo intento
es el que aquí te ha traido.
Eufr. Vaya, no os penetra el pecho
esa hermosura? *Burlándose.*
Hild. Mirad,
La mismo, señalando á la otra.
mirad qué cara! *Fel.* Ya veo,
que por mas que sea hermosa
la primavera, el invierno
tiene tambien sus bellezas.
Hild. El invierno! bien por cierto!
yo estoy en toda la fuerza
del verano. *Abanicándose.*
Eufr. Y yo lo mesmo.
Fel. Estais en la primavera,
porque las almas no creo
que tienen tiempos ni edades.
Hild. Mas mi belleza... *Fel.* Dexemos
la hermosura de la cara.
Quién será el hombre tan necio,
que hable del rostro, tratando
de la razon y el ingenio?
La hermosura es una flor
que se seca con el tiempo:
es máscara, que á las veces
hace sombra á mil defectos;
y por eso el hombre sabio,
que busca el amor perfecto,
separa todo el encanto
de la belleza del cuerpo,

y se fixa en la del alma.
Si la verdad os confieso,
vuestra edad es la mas propia
para conquistar.
Hild. Si es eso, *Con expresion.*
puedo esperar el rendiros?
Eufr. Tendré yo esta dicha. *Lo mismo.*
Fel. Creo,
que las dos os divertis
á mi costa. *Hild.* No por cierto.
Fel. Pues, señoras, cómo es fácil
que me persuada en efecto
que vuestra sabiduría
se ha de abatir al extremo
de tener amor á un jóven,
y que formeis el empeño
de prodigar por mi causa
aquellos frutos perfectos
de vuestra larga experiencia?
Hild. Vaya que vuestros requiebros
son muy raros. *Eufr.* Serán chanzas.
Fel. No señora: os manifiesto
mi corazon: no sabeis
qué clase de sentimiento
me inspira vuestra presencia?
Hild. Sepámosle, pues. *Fel.* Al veros
que os manteneis solteritas,
me pareceis dos viageros
que vienen de luengas tierras
atropellando los riesgos,
ya de bárbaras naciones,
ya de estériles desiertos,

ó ya de los anchos mares;
en cuyas olas sufriéron
hambres, incendios, naufragios,
y que por fin consiguiéron,
por premio de su constancia,
llegar contentos al puerto.
Eufr. Contentos? ah! *Hild.* Ah!
Fel. Qué gusto
se disfruta quando luego
se habla de aquellos peligros;
allá quando llega el tiempo
de vuestra edad!
Eufr. Sesenta años *Con viveza.*
tiene mi hermana.
Hild. Dos ménos *Lo mismo.*
tienes tú. *Fel.* Y eso qué hace?
todo viene á ser lo mesmo.
Hoy llegais vos, vos mañana:
esto es caminar á un puesto
con pasos iguales. *Eufr.* No.
Fel. En fin, estais en el tiempo
en que vuestros corazones,
libres ya de los defectos
de la juventud, respiran
con libertad por sí mesmos,
y comienzan á gozar
los placeres verdaderos
de la amistad. El amor
no es delicia, es un tormento;
y la amistad solamente
es quien derrama en el pecho
un torrente de placeres.

Mirad un breve diseño
de la vida. La mañana
tempestuoso y turbulento,
el medio dia caliente,
y por la noche sereno.
Hild. La noche? y qual es la noche?
Fel. Así es que todos volvemos
por grados á la inocencia
de la infancia: yo deseo
que sus sencillos placeres
todos juntos disfrutemos.
Unámonos, pues, los tres
con el lazo mas estrecho.
Hild. Los tres no. *Eufr.* No.
Fel. Por qué no?
Eufr. Escoged, pues, al momento
entre las dos. *Hild.* Una ú otra.
Fel. Ah señoras! en qué aprieto
me poneis! qué alternativa
tan terrible! *Hild.* Resolveos.
Eufr. Vamos.
El las coge por las manos, y las pone una frente á la otra.
Fel. Decidid vosotras,
puesto que yo no me atrevo. *Vase.*

ESCENA ÚLTIMA.

Doña Eufrosia y Doña Hildegundis, que continuan un momento mirándose con cierto enfado, miéntras Don Felix se retira.

Eufr. Señora Doña Hildegundis,
sabed nacisteis primero.
Hild. Mi señora Doña Eufrosia,
vos teneis dos años ménos;
mas qualquiera que compare
el vigor que ambas tenemos,
el brio, garbo y belleza,
no se detendrá un momento
en rendiros los honores
de hermana mayor. *Eufr.* Por eso
me llevo las atenciones
de todos. *Hild.* Quáles son esos?
Eufr. Los mismos que tú no quieres.
Vaya, de risa rebiento
al ver qué necia y qué vana. *Vase.*
Hild. Si no vengo este desprecio
he de hacer... meterme Monja,
para que ningun grosero
aje las diez clavellinas
que en mis bellas manos tengo.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Doña Clara y Fermina.

Ferm. Vaya, señorita, os digo
que si seguis mi consejo,
no fiareis de las tias
ese importante secreto.
Clar. Y qué he de hacer? *Ferm.* Resolverse
á que salga malo ó bueno;
despreciar constantemente
todo enlace, hasta que luego
se convenza vuestro padre,
y decirle: yo he resuelto
que sea Cesar; ó nada,
como dixo en otros tiempos
yo no sé qué personage.
Clar. Ya ves que á mucho me arriesgo,
si es que mi padre se obstina
en darme esposo. *Ferm.* Es muy cierto.
Clar. Y en fin, mis tias... *Ferm.* Son viejas,
y nunca harán nada bueno.
Clar. Pero estan enamoradas
de mis pretendientes. *Ferm.* Y eso
qué os importa? *Clar.* Mi esperanza
fundo solamente en ello;

porque si me favorecen
en mi intencion, á lo ménos
podrán casarse á su gusto.
Ferm. No es mal pensado el proyecto.
Clar. De qué te ries? *Ferm.* Me rio
de esos pobres esqueletos
enamorados. *Clar.* Respeta
su edad, como la respeto.
Ferm. Una comedia hay que dice,
si mal de ello no me acuerdo,
tambien se ama en el abismo;
y por muy posible tengo
que se enamoren los diablos,
pues se enamoran los viejos.
Pero vedlas que se acercan;
yo me retiro: hasta luego. *Vase.*

ESCENA II.

Doña Clara, Doña Hildegundis, y Doña Eufrosia.

Hild. A qué sera la embaxada
de llamarnos? *Clar.* Mucho siento
haberos incomodado;
pero no he podido ménos.
Eufr. Qué quieres? *Clar.* Solo valerme
de vuestro favor. *Hild.* Qué empeño
será este? *Clar.* El mas importante;
pues que de él depender veo
mi fortuna, y aun la vuestra.
Eufr. La nuestra? *Hild.* Habla.
Clar. Don Mamerto

y Don Simon solicitan
mi mano; pero en secreto
os aman. *Hild.* Hacen justicia
á los méritos diversos
de las tres. *Clar.* Por eso mismo;
si mi padre (que no creo
sabe su amor) me destina
á uno de los dos, recelo
que no seré venturosa,
y que tendré el desconsuelo
de ver que sufren mis tias
el tormento de los zelos.
Hild. No dice mal la muchacha.
Eufr. Y bien, qué piensas? *Clar.* Un medio
hay para que fácilmente
las tres contentas quedemos;
casándose Don Simon
A Hildegundis.
con vos; con vos Don Mamerto,
A Eufrosia.
y conmigo el Oficial.
Eufr. No es imposible el proyecto.
Hild. A consulta. El Oficial
Sepáranse las dos á un lado, y Clara se va al fondo del teatro.
es amable. *Eufr.* Con efecto;
pero no está para tí.
Hild. Ni para tí. *Eufr.* Por lo mesmo,
pues á las dos nos desprecia,
venguémonos del desprecio.
Casémonos con los otros,
y al loco echarle á los perros:

me entiendes? *Hild.* Sí, dársele
á la muchacha. *Eufr.* Eso mesmo.
Hild. La vanidad lo aconseja.
Eufr. Y aun el amor... Resolvemos *A Clara.*
admitir este partido.
Clar. Pero falta para ello
vencer un inconveniente
que se opone al cumplimiento.
de nuestros gustos. *Eufr.* Quál es?
Clar. Ese es un grande secreto.
Hild. Dínosle ya. *Clar.* Ese Oficial
es... es... *Eufr.* Despáchate, presto.
Clar. Recelo... *Hild.* Nada receles.
Clar. Es Don Felix de Toledo.
Hild. Don Felix ese Oficial?
Eufr. Precioso decubrimiento, *Riéndose.*
Doña Hildegundis!
Hild. Precioso! *Lo mismo.*
Clar. Ya sabeis que por el pleyto
con su tio le aborrece
mi padre; pero yo espero
que hablareis á su favor,
empleando para ello
el crédito que os ha dado
vuestra edad.
Eufr. Así lo harémos.
Hild. Bien puedes ir descuidada. *Como sentida.*
Clar. Vuestros prudentes consejos
no pueden ser sospechosos
para mi padre, supuesto
que vuestra edad es la edad
que asegurà los aciertos;

y así... *Hild.* Muchacha, que no hablas
Con viveza.
con tu abuela. *Clar.* Si os ofendo...
Hild. Vaya, retírate ya,
que las dos procurarémos
hacer lo mas que se pueda.
Clar. Si sale bien mi proyecto, *Ap.*
el amor estravagante
es útil al verdadero. *Vase.*

ESCENA III.

Hildegundis y Eufrosia.

Hild. Vistes y cómo nos puso
de viejas? *Eufr.* Qué atrevimiento!
Hild. Vamos á tomar venganza,
publicando en el momento
que Don Cesar... *Eufr.* No, detente.
Hild. La mayor tiene el derecho
de hablar ántes. *Eufr.* Ha muy poco
que cedias esos fueros
á mi favor. *Hild.* Nada importa;
ya recobro mis derechos.
Eufr. Dexa esas impertinencias,
y escúchame. *Hild.* Ya te atiendo.
Eufr. Los frutos de la venganza
son muy sabrosos: por eso
es necesario dexarlos
madurar para comerlos.
Esperemos que Don Felix
logre, segun sus deseos,
atraer á su partido
á todos, y aun á los mesmos

rivales; y ya en el punto
de coronar su proyecto,
y dar la mano á Clarita,
salimos las dos; diciendo
su nombre, todos se admiran,
Juan se enfurece de nuevo,
Antonia grita, la chica
se desmaya: el caballero
se arroja á los pies de todos,
pero en vano; todos ellos
le culpan, le echan de casa,
y viéndose sin remedio,
nuestra proteccion implora,
con que logramos con esto,
despreciando sus instancias,
pagar desprecio á desprecio.
Hild. Qué quadro tan bien trazado!
Eufr. Ya parece que me veo
en el lance. *Hild.* De ese modo
nuestro amable forastero
no se casará contigo.
Eufr. Ni contigo. *Hild.* Yo me alegro;
ya que yo no le consigo,
entrambas le perderémos.
Eufr. Cómo te come la envidia!
Hild. Envidia! y qué causa tengo
para tener de tí envidia?
Eufr. Yo te probára muy presto
lo que digo, á no mirar
que se acercan á este puesto
Juan y su querida esposa.
Hild. Así es, y vienen riñendo,

como siempre. *Eufr.* Vámonos
hasta que se llegue el tiempo
de dar, como hemos pensado,
un corte á todo el enredo. *Vanse.*

ESCENA IV.

Doña Antonia y Don Juan.

Ant. Dí quanto te diere gana;
pero yo ya he decidido
lo que ha de ser, y ya sabes...
Juan. Ya sé que tienes caprichos
insufribles: finalmente,
si hasta ahora te he consentido
que dispongas á tu gusto
en todo, ya determino
recobrar desde este instante
los derechos de marido.
El esposo de Clarita
será... *Ant.* El que yo he elegido,
que es solo el que la conviene:
un hombre amante, sumiso
á su voluntad, que nunca
se guiará por sí mismo...
Juan. Y yo la he buscado un jóven
de genio alegre y festivo,
franco, discreto, galan,
y que sabrá á un tiempo mismo
darla gusto en lo posible,
sin perder aquel dominio
que le pertenece. *Ant.* Pues!
un déspota: ya está dicho

en dos palabras. *Juan.* Señora,
el esposo es un amigo
de su muger; no un esclavo,
como sabeis yo lo he sido
vuestro: bastante me pesa.
Ant. Nunca has tenido motivo
de arrepentirte, si acaso
en algo me has complacido.
Juan. Dexemos eso: aquí viene
Clara: su voto es preciso
en esta causa. *Ant.* Su voto!
Por cierto que es buen capricho
pedir su voto á una niña:
yo desde luego subscribo
al tuyo mejor que al de ella.

ESCENA V.

Dichos y Clara.

Juan. Hija mia, necesito
que me digas francamente
tu parecer; y no admito
disculpa alguna: te gusta
un esposo alegre, vivo,
gracioso...
Clar. Este es Don Simon. *Ap.*
Ant. Y no querrás por marido
un jóven condescendiente,
juicioso, amante, sumiso,
veraz...
Clar. Este es Don Mamerto. *Ap.*
Ant. Qué respondes?

Clar. Ay Dios mio! *Ap.*
Juan. Determínate á admitir
uno de los dos partidos,
pues en esta noche misma
darás la mano de fixo
ó al que te dice tu madre,
ó al que tengo yo elegido.
Clar. Con ambos seré infeliz. *Ap.*
Ant. Vamos, niña. *Clar.* Yo os suplico
disimuleis si indecisa
ni los desprecio ni admito.
Ya veis la poca experiencia
que en mi edad... *Ant.* Eso es lo mismo
que yo decia: una niña
nunca puede á punto fixo
decir: esto me conviene;
pero en fin, ello es preciso
que resuelvas, pues tu padre
está empeñado: el partido
que te propongo es muy bueno.
Juan. Dexa que elija á su arbitrio.
Ant. Yo no la obligo. *Juan.* Le instas
á que siga tu capricho:
si tu partido es muy bueno,
no será mejor que el mio.
Ant. Eso sí: Clara, tu padre *Irónica.*
no se engaña: ya has oido
su parecer; síguele,
y acertarás. *Juan.* Eso mismo *Lo mismo.*
digo yo tambien: tu madre
es infalible; ya ha dicho
lo que te conviene, y eso

debes hacer. *Ant.* Yo desisto *Resentida.*
de mi gusto: siga el tuyo.
Juan. Que siga el tuyo ó el mio *Lo mismo.*
me es del todo indiferente.
Clar. No soy capaz, os repito,
de decidir uno ni otro.
Ant. Qué harémos pues?
Clar. Lo que os pido
es que todo se suspenda
por ahora. *Juan.* Qué capricho
tan raro! siempre estarémos
en este asunto indecisos;
y eso á mí no me acomoda.
Esta noche determino
darte esposo, sea qual sea.
Ya llegó el tiempo preciso
de casarte.
Clar. Ay Dios, qué apuro! *Ap.*
Ant. Aquí viene nuestro amigo
el Oficial: consultemos
su parecer. *Clar.* Ya respiro. *Ap.*

ESCENA VI.

Dichos, y Don Felix.

Juan. Venga vmd. señor Don Cesar.
Estamos comprometidos
en un asunto importante,
y deseamos oiros
para decidir. Se trata
de dar á Clara un marido:
mi esposa ha dicho su voto,

yo tambien expongo el mio,
y Clara no se resuelve:
con que estamos indecisos.
Fel. Quizás estareis acordes.
Ant. Harto será. *Juan.* Los partidos
son dos: el juez fuera Clara;
mas no quiere. *Clar.* Yo os elijo
por mi juez: haced mis veces
en todo. *Fel.* El favor estimo;
mas por Dios que me poneis
en grande aprieto. *Ant.* Yo afirmo
que Clara será feliz
con un amante rendido.
Juan. Y yo la propongo un hombre
que tiene un genio festivo.
Fel. Ambas elecciones hacen
mucho honor á vuestro juicio.
El amor en un esposo
es el primer requisito;
pero el buen genio es tan útil
quizás como el amor mismo.
Los dias de nuestra vida
no han de ser todos tranquilos;
tempestuosos habrá algunos,
y en estos es grande auxîlio
la natural alegria,
propia del corazon limpio
de un hombre de bien. En fin,
supuesto que el voto mio
tengo de dar, solamente
será de vuestra hija digno
un esposo que reuna

en sí los dos requisitos.
Juan. Eso es pedir imposibles.
Clar. Con todo, yo he conocido
un hombre que se asemeja
á ese modelo. *Ant.* Es preciso
que le conozcamos todos.
Clar. Es el amante mas fino
que se puede hallar: un jóven
galan, discreto, sumiso
al gusto de la que adora...
Ant. Este es el que yo he elegido.
Clar. En él brilla una alegría
natural, sin artificio:
es cortés, y no afectado:
de su boca no ha salido
cosa que mentira sea.
Juan. Ese es el retrato mismo
del que yo la proponia.
Ant. Elige el tuyo y el mio
á un tiempo?
Juan. Creo que sí. *Riendo.*
Clar. En fin, él ha conseguido
reunir en su persona
aquellos dos requisitos
que deseaba Don Cesar.
Juan. Muchacha, segun lo visto,
tú quieres á tres á un tiempo!
Clar. Uno solo es el que elijo
para dueño. *Ant.* De ese modo
el mio es. *Juan.* No sino el mio.
Ant. Acabemos: el esposo
que yo te habia elegido

es Don Cesar. *Juan.* Qué me dices?
Yo tambien pensé lo mismo.
Fel. Y vos qué decís, señora?
Clar. Si os retraté tan al vivo
fué porque en mi corazon
siempre vuestra imágen miro.
Juan. Pues que ya estamos acordes,
este es punto concluido.
Fel. Ah señores! quién dixera
que en el dia que consigo
todo quanto deseaba,
sea este favor un martirio
para mi alma! *Juan.* No os entiendo.
Ant. Explicaos. *Fel.* Ya es preciso
que lo haga. *Clar.* Vais á decir...
Aparte á él.
Fel. La verdad. *Clar.* Si inadvertido
decis quien sois, perderémos
nuestra dicha. *Fel.* No imagino
que lo es la que se funda
en la ficcion. *Juan.* Aturdido *Ap.*
me tiene este hombre. *Fel.* Decid:
sabeis quién soy? *Juan.* Sois el primo
de Don Cárlos de Avendaño,
que es uno de mis amigos:
no es esto cierto? *Fel.* Así es;
pero tambien soy sobrino
de Don Manuel de Toledo.
Juan. Sobrino de mi enemigo!
Ant. Ay Dios! *Clar.* Funesta palabra, *Ap.*
que mi dicha has destruido.
Un momento de silencio.

ESCENA VII.

Dichos, Doña Hildegundis y Doña Eufrosia.
Hild. Hermano, sea en hora buena.
Juan. Déxame. *Eufr.* Mucho me alegro
de ver en tu casa... *Juan.* Callas?
Las 2. A Don Felix de Toledo.
Atropellándose.
Juan. Ya lo sé. *Con serenidad.*
Eufr. Lo sabes? *Juan.* Sí.
Fel. Acabo en este momento
de descubrirme. *Hild.* Lo has visto?
Si no se hace nada bueno
yendo despacio. *Fel.* Señoras,
no sabeis quanto agradezco
el interes que mostrais
á mi favor. Ello es cierto
que quien no os conozca, acaso
pensará que vuestro intento
era causarme un perjuicio
diciendo mi nombre; pero
yo que sé el buen corazon
que os acompaña, no creo
que hayais pensado tal cosa.
Unas damas de respeto
y carácter no es posible
que formen nunca el proyecto
de ofender á un hombre honrado
descubriendo sus secretos.
Vos creisteis acertar
diciendo mi verdadero

nombre; y aunque hayais errado,
vuestra intencion agradezco.
Hild. Respóndele tu, si puedes.
Eufr. Yo no sé; habla tu primero.
Fel. Consolar al afligido
es blason de nobles pechos.
Yo estoy, señoras, cercado
de aflicciones; asi espero...
Hild. Pues hicimos una falta, *Ap.*
reparémosla. *Eufr.* Eso mesmo
queria yo proponerte.
Es necesario que hablemos
á su favor. Pobre jóven!
en su suerte me intereso.
Hild. Mira, Juan... *Juan.* Nada me digas.
Hild. Si su tio tiene el pleyto
contigo, qué culpa tiene
el sobrino? *Juan.* Solo el serlo
es bastante culpa. *Hild.* Escucha:
no adviertes que... *Juan.* Nada advierto,
sino que he sido engañado
indignamente. A mas de esto,
Don Mamerto y Don Simon
son los que tienen derecho
á la mano de mi hija.
Tan solo con este intento
estan en casa, y ahora
es preciso que uno de ellos
sea su esposo. *Ant.* Aquí vienen.
Mirando adentro.

ESCENA VIII.

Dichos, Don Simon y Don Mamerto.

Ant. Llegó el punto, caballeros,
de decidir la qüestion
que se trata ha tanto tiempo:
los dos pretendeis la mano
de Clara. *Sim.* Señora, creo
Señalando á Felix.
que somos tres pretendientes.
Fel. Ya perdí el honor de serlo
en este instante. *Mam.* Pues cómo?
Fel. Sufro; pero no me quejo:
mi desgracia así lo quiere,
paciencia; mas, caballeros,
qualquiera que sea elegido
para ser de Clara dueño,
acuérdese que un esposo,
que no logra todo entero
el corazon de su esposa,
no hallará en el himeneo
las dichas que se promete:
tendrá el nombre, y los derechos
de esposo; pero en el fondo
es tirano verdadero,
y como tal le aborrecen.
La paz estará muy léjos
de su corazon: se hace
infeliz, al mesmo tiempo
que hace infeliz á la dama;
y para mayor tormento,

siendo el lazo indisoluble,
son sus pesares eternos.
Mam. Qué os parece? *Sim.* Nadie duda
que tiene razon. *Juan.* Yo espero
que mi hija, como discreta,
sabrá extinguir de su pecho
qualquier amor infundado;
y que podrá con el tiempo
olvidar la pasion ciega
por el amor verdadero.
Vaya, hija, resuélvete:
Don Simon ó Don Mamerto
ha de ser tu esposo: elige
en el instante uno de ellos.
Clar. Señor Don Simon, sin duda

Se llega á él.

que sois digno de mi afecto,
y le tendriais si no amase...

Mamerto pone el oido, creyendo que Clara le va á nombrar.

Sim. A Don Cesar... Mas qué veo!

Interrumpiéndola, y sonriéndose; lo que viendo Clara, calla, y va hácia Don Mamerto.

si acaso me habré engañado!
Mam. Si me elegirá? *Ant.* Escuchemos.
Clar. Señor Don Mamerto, vos
teneis mérito en efecto
para poseer mi mano:
yo os diera con ella el premio,
si no fuese... *Mam.* Por Don Cesar?
Juan. Todavia no has resuelto

casa ninguna? *Sim.* Sí tal.
Juan. Pues cómo? *Sim.* Ese caballero
es su esposo. *Ant.* Quándo ha dicho
tal cosa? *Sim.* Con su silencio...
Juan. Y te atreves... *Clar.* Padre mio,
vuestros preceptos venero:
consiento en ser infeliz,
pues lo quereis; pero al ménos
no me obligueis á que elija
de mi muerte el instrumento.
La victima soy: nombrad
vos el Ministro.
Sim. Esto es hecho.
Quereis oirlo mas claro?
Yo por mi parte no quiero
ser verdugo de esta dama.
Mam. Ni yo seria tan necio
que me casase con ella
solo por obedeceros,
y viendo que me aborrece.
Sim. Los dos estamos de acuerdo;
y así cásese en buen hora
con Don Cesar, que es sugeto
muy digno.
Juan. No es á Don Cesar
á quien quiere. *Mam.* Esas tenemos?
Pues quien es el elegido?
Juan. Es Don Felix de Toledo,
Señalándole.
sobrino de mi enemigo,
el que con nombre supuesto...
Sim. Callad: mejor que mejor.

Ya manifiesta con esto
quánto el amor la arrebata;
y pues vos teneis talento,
consentid... *Juan.* Es imposible.

ESCENA IX.

Dichos y Fermina.

Ferm. En este propio momento
llegó Martin. *Juan.* Qué noticias
nos traerá? *Ferm.* Malas sospecho
que serán, pues viene triste:
mas ya esta aquí.

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos y Martin.

Ant. Quánto temo
oirle hablar! *Juan.* Se ha sentenciado?
Mart. Sí señor. *Juan.* Y qué tenemos?
fué á mi favor? *Mart.* No sé nada:
ya os informará este pliego
que me dió el Procurador.
Juan. Dámele... Ay de mí! Qué es esto!
Lee un poco á media voz.
Ant. Lee mas alto. *Juan.* Qué principio
tan cruel!
„ Muy señor mio: siempre os dixe que el
„ éxito de vuestro pleyto era muy dudoso,
„ y así nunca os dí esperanzas de una sen-
„ tencia favorable...
Vaya, no puedo

acabar... ya lo he perdido.

Dexa caer la carta.

Fel. Aun podeis tener remedio.
Mi tio me ha autorizado,
para ceder su derecho
á vuestro favor. *Juan.* Quitad;
es mi enemigo; y no quiero
deberle ninguna gracia.
Triunfe él hoy; mañana mesmo
iré á Madrid, volveré
á renovar este pleyto:
gastaré en él mis caudales...

Doña Antonia habrá levantado la carta y leido para sí.

Ant. Escúchame. *Juan.* A nada atiendo:
venganza!
Ant. Si tú has ganado. *Juan.* He ganado?
Ant. Oye un momento
lo que falta de la carta.
,, La qüestion era dificil; pero en fin, los
,, jueces, habiendo visto las razones de am-
,, bas partes, decidiéron á vuestro favor,
,, y han condenado en costas al contra-
,, rio, &c.,,

Toma la carta, y la vuelve á leer para sí.

Juan. Qué escucho! podrá ser cierto?
Fel. Y bien: ya que rehusasteis
el sacrificio sincero
que la amistad os hacia,
y ya que triunfante os veo,
os pido... *Juan.* El qué?
Fel. La amistad,

que es lo que siempre deseo,
y lo que quiere mi tio.
Si siguió por tanto tiempo
el pleyto, fué únicamente
creyendo tener derecho:
esperaba que los jueces,
imparciales y discretos,
decidiesen su justicia,
ó su error: llegó el momento
de desengañarse, y ahora
os suplica aquello mesmo
que os suplicaba quando ántes
pensaba ganar el pleyto.
Sed generoso. *Juan.* Qué diablo
de hombre! *Ant.* Yo me enternezco
al ver su virtud... Esposo!
Hild. Hermano...
Sim. y Mam. Amigo... *Juan.* Qué es esto!
vos me hablais á su favor?
Sim. No os admire, pues queremos
pagarle un gran beneficio
que nos hizo. *Juan.* No os entiendo.
Mam. El nos ha desengañado
de que jamas himeneo
ofrece ventura alguna
si no se logra primero
el amor. *Hild.* Yo era una necia;
y sus palabras me han hecho
arrepentir. *Euf.* Eso mismo
digo yo. *Ant.* Tambien le debo
la paz que tengo contigo,
pues me hizo ver que tu genio

me ofendia, y mio era
tu corazon. *Juan.* Todos creo
que estamos beneficiados
por su mano. *Euf.* Así es muy cierto.
Juan. Pero hay otro inconveniente.
Las costas de aqueste pleyto
son terribles, y su tio...
Hild. Basta: yo á Don Felix cedo
la mitad de mis haciendas.
Eufr. Yo hago con Clara lo mesmo.
Ant. Y yo le doy por mi mano
el caudal que darle puedo,
que es este. *Dándole la mano de Clara.*
Juan. En ese caudal
tengo yo parte, y no quiero
que dispongas á tu gusto
de él. *Sim.* Sereis en efecto
tan cruel que no querais...
Juan. Soy tan cruel que no quiero
que ninguno le dé nada
sino yo. Pues gané el pleyto,
pago tambien la mitad
de las costas. *Fel.* Yo no puedo
consentir... *Juan.* Si hablais palabra
las pagaré por entero.
Qué dinero es suficiente
para el tesoro que adquiero?
Por vos recobro la paz
de mi familia: detesto
mi rencor: vuelvo á mis brazos
á un amigo verdadero,
que aborrecí por diez años

injustamente; y yo mesmo
vuelvo á cobrar la razon,
que perdí por este pleyto.
Para darme tantos bienes
habeis sufrido desprecios,
injurias y sinrazones;
no quisisteis defenderos,
sino con las fuertes armas
de la verdad; para esto
no empleasteis artificios;
combatisteis los defectos
de todos, sin combatirlos
con el lenguage sincero
de la razon: cada uno
se enmendó á sí propio, viendo
de la virtud y constancia
el admirable modelo.

FIN.